

Homilía de XI Domingo del tiempo ordinario

Año litúrgico 2014 - 2015 - (Ciclo B)

“Sin que él sepa cómo, la semilla germina y crece”

Introducción

Reiniciamos hoy los domingos del Tiempo Ordinario. Las tres lecturas se centran en el compromiso de Dios con los hombres. La primera nos recuerda la antigua alianza de Dios con el pueblo de Israel. Ezequiel, en una etapa de desorientación y pesimismo del pueblo elegido, después del cautiverio de Babilonia, anuncia un renacer espectacular con la promesa de la restauración de Jerusalén y del Templo. El Evangelio, se centra en la presentación de Jesús como el Mesías anunciado por los profetas, garantía de una nueva Alianza de Dios con la humanidad. No es casual que Marcos, al principio de su evangelio, anuncie “la buena noticia de Jesús”, el Hijo de Dios, destacando su función mesiánica. Esta es la Novedad de la Alianza, el anuncio del Reino de los Cielos o Reinado de Dios.

En este pasaje evangélico, Jesús resalta la acción de Dios en el mundo comparándola con una semilla que aún siendo algo, insignificante lleva en sí, como un embrión, una potencia misteriosa capaz de transformar la relación de Dios con el hombre. El interrogante para los que escuchan su Palabra va a ser preguntarse cuál es el papel del hombre, como acoger el mensaje del Reino. Así se inicia en la humanidad un tiempo de gracia a través de la confianza y la fidelidad al mensaje recibido a través de Jesús hecho hombre.



Fr. Jesús Mª Gallego Díez O.P.
Convento de Ntra. Sra. de Atocha (Madrid)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del Profeta Ezequiel 17, 22-24

Esto dice el Señor Dios: «También yo había escogido una rama de la cima del alto cedro y la había plantado; de las más altas y jóvenes ramas arrancaré una tierna y la plantaré en la cumbre de un monte elevado; la plantaré en una montaña alta de Israel, echará brotes y dará fruto. Se hará un cedro magnífico. Aves de todas clases anidarán en él, anidarán al abrigo de sus ramas. Y reconocerán todos los árboles del campo que yo soy el Señor, que humillo al árbol elevado y exalto al humilde, hago secarse el árbol verde y florecer el árbol seco. Yo, el Señor, lo he dicho y lo haré».

Salmo

Sal 91, 2-3, 13-14, 15-16 R/ Es bueno dar gracias al Señor

Es bueno dar gracias al Señor y tocar para tu nombre, oh Altísimo, proclamar por la mañana tu misericordia y de noche tu fidelidad. R El justo crecerá como una palmera, se alzarán como un cedro del Líbano; plantado en la casa del Señor, crecerá en los atrios de nuestro Dios. R En la vejez seguirá dando fruto y estará lozano y frondoso, para proclamar que el Señor es justo, mi Roca, en quien no existe la maldad. R.

Segunda lectura

Lectura de la segunda carta del Apóstol San Pablo a los Corintios 5, 6-10

Hermanos: Siempre llenos de buen ánimo y sabiendo que, mientras habitamos en el cuerpo, estamos desterrados lejos del Señor, caminamos en fe y no en visión. Pero estamos de buen ánimo y preferimos ser desterrados del cuerpo y vivir junto al Señor. Por lo cual, en destierro o en patria, nos esforzamos en agradarlo. Porque todos tenemos que comparecer ante el tribunal de Cristo para recibir cada cual por lo que haya hecho mientras tenía este cuerpo, sea el bien o el mal.

Evangelio del día

Lectura del santo Evangelio según San Marcos 4, 26-34

En aquel tiempo, Jesús decía al gentío: «El reino de Dios se parece a un hombre que echa semilla en la tierra. Él duerme de noche y se levanta de mañana; la semilla germina y va creciendo, sin que él sepa cómo. La tierra va produciendo fruto sola: primero los tallos, luego la espiga, después el grano. Cuando el grano está a punto, se mete la hoz, porque ha llegado la siega». Dijo también: «¿Con qué compararemos el reino de Dios? ¿Qué parábola usaremos? Con un grano de mostaza: al sembrarlo en la tierra es la semilla más pequeña, pero después de sembrada crece, se hace más alta que las demás hortalizas y echa ramas tan grandes que los pájaros pueden anidar a su sombra». Con muchas parábolas parecidas les exponía la palabra, acomodándose a su entender. Todo se lo exponía con parábolas, pero a sus discípulos les explicaba todo en privado.

Comentario bíblico

I.^a Lectura (Ezequiel 17,22-24): *Algo nuevo surge de lo viejo, por obra de Dios*

El texto de Ezequiel debemos situarlo como una promesa de restauración después de la catástrofe. Todo el c. 17 tiene esa dimensión y se explica ante la calamidad del destierro de Babilonia que tiene sus etapas. Ezequiel, con este enigma del "águila y el cedro" va a plantar cara a ciertas expectativas de algunos que pensaban que la salvación podría venir de Egipto al que algunos miraban, bien en el destierro, bien en la misma tierra de Judá que todavía no habían sido desterrados hasta la caída de Sedecías. Estamos en el año 588 a. C. y la parábola del "cogollo del cedro" viene a responder, a su manera, a los que no han entendido la verdadera historia de lo que ha pasado.

Y esa historia de ruina solamente la puede arreglar Dios, contando con un pueblo que se fíe de su palabra manifestada por los profetas verdaderos. Dios es capaz de lo viejo, de lo antiguo, sacar algo nuevo y entonces lo viejo dejará su arrogancia, como el cedro altísimo. De un cogollo insignificante nacerá un cedro nuevo, en lo más alto de la montaña que no puede ser más Sión, Jerusalén. Esta teología de lo viejo y lo nuevo tiene sus resonancias, ya que de esa manera siempre se mantiene la promesa y la fidelidad de Dios.

II.^a Lectura (II. Corintios 5,6-10): *Lo mortal será revestido de vida*

Las reflexiones escatológicas de Pablo frente a su ministerio siguen siendo las claves de este texto de 2Cor. Se habla del encuentro con el Señor "post mortem", en el mismo momento de la muerte. Es verdad que la antropología subyacente a

este conjunto de 2Cor 4,7-5,10 se nos escapa un poco entre las manos. Expresiones como el "hombre interior" sugieren un lenguaje propio de la filosofía griega, pero también hay diferencias notables, en cuanto no se está hablando en este caso con un lenguaje dualista de alma y cuerpo. Por eso mismo debemos interpretar el misterio de la "interioridad" en una relación de interconexión con los conceptos soma y ánthrōpos, que son claves en toda esta perícopa. El sóma es la persona en su integridad. En toda esta trama de conceptos antropológicos y apocalípticos, lo más decisivo es la expresión de 2Cor 5,4: "para que así esto mortal sea consumido (katapothē) por la vida". El sentido del verbo katapínō, en aoristo pasivo, debe tener la fuerza de la acción de Dios. Como muchas veces ocurre en el NT por el aoristo pasivo, y más cuando se trata de los temas escatológicos, no debemos olvidar que es Dios el sujeto de esa acción. De hecho, no nos seduce la traducción que escoge el sentido de "tramar" o "devorar", porque no es la vida lo que engulle lo mortal; es la vida en cuanto acción de Dios sobre toda muerte y sobre todo los hombres que pasan por la muerte. Esto se confirma muy bien por el v. 5, que pone a Dios como garante de ello, dándonos las "arras" del Espíritu. La vida está sembrada en nuestro cuerpo mortal, en nuestra mismidad. No vamos a la nada, porque Dios nos garantiza, pues, que hemos sido creados, hemos nacido, para la vida y no para la muerte.

La garantía para el cristiano es, sin duda, el Espíritu, que es un adelanto de todo lo que nos espera en la nueva vida, en la vida escatológica. Es verdad que aquí no se habla de resurrección, que es un concepto más apocalíptico y que está mucho más presente en 1 Cor 15. Digamos, mejor, que se contempla el paso de la muerte a la vida como una "transformación" personal, no al final de los tiempos, ni en el momento de la Parusía como se da a entender en I Tes 4,15 1 Cor 15,51. ¿Por qué? Porque eso va desapareciendo poco a poco del horizonte de los textos paulinos. Ello significa que en Pablo se produce una evolución personal en este tema escatológico. No obstante, mientras todo eso llega, vivimos de la fe, exiliados del Señor. Quiere decir de la vida total y especial que tiene ahora el Señor, Cristo. Se usa la expresión de ir a "habitar junto al Señor (v. 8), es decir, nos revestiremos, poseeremos la vida que ahora tiene el Señor, porque la identificación entre Cristo y la vida lo podemos ver en 2Cor 4,1 1. Pablo se está expresando, sin duda, en una mística cristológica de tonos proféticos. ¡No hay miedo a la muerte! Después de las expresiones que había inventado sobre el particular, en 1 Cor 15,55, sobre la victoria de la muerte, esta mística cristológica es un cántico a la victoria de la vida en Cristo.

Evangelio (Marcos 4,26-34): El Reino como un grano que crece en esperanza

Las parábolas de Jesús son toda una excusa para hablar del misterioso crecimiento del reino que anuncia. Es verdad que había anunciado con una seguridad inquebrantable que "ya está aquí" o que "en medio de vosotros". Mc 1, 14-15 lo pone como frontispicio de todo y como programa, a la vez que exige conversión y confianza en ese anuncio. Pero podían preguntarle, como de hecho sucedió ¿dónde está ese Reino? De allí que las dos parábolas del crecimiento, mediante los símbolos de un grano (aunque un grano es pequeño, no se resalta este punto) y una semilla de mostaza (que es como una cabeza de alfiler) vengan a decirnos algo significativo de sus comienzos, de sus logros y de su consumación. Se da una cierta disimilitud y contraste en el final de las dos comparaciones: la del grano en lo que se refiere a lo que, a causa del crecimiento y la consumación final, no tendrá sentido (se desechará) y la de la mostaza nos habla del Final en términos más positivos, porque se hará grande y vendrá a ser "hogar" y protección de multitudes de pájaros.

El reino está ya aquí, pero solo como una semilla que es confiadamente un final grandioso o apropiado. No son parábolas o comparaciones deslumbrantes, pero están llenas de sentido. Debemos aceptar la misma naturalidad de este mensaje en cuando es algo que ya está sembrando, que está creciendo y por eso tiene misterio. Como tiene misterio la comparación de la levadura (cf Mt 13,33; Lc 13,29-31) que poco a poco impregna la masa. Eso quiere decir que está "germinando" y por eso se alumbrará un mundo nuevo, tanto en el caso de acabar algo que no tiene sentido en la historia (y por eso de meterá la hoz) o en el caso de que se construya un "hábitat" donde vengan todas las aves a protegerse. Incluso deberíamos entender que se trata de toda clase de aves y por lo mismo que se estaría apuntando a los paganos. Son los dos aspectos del Reino y de su transformación de la historia: algo quedará caduco, pero lo más importante es la imagen de los pájaros que anidan.

Es ese final bueno y liberador el que debemos proponer como mensaje de las parábolas de hoy. Es verdad que se nos habla de "meter la hoz", pero es lógico que esta historia humana debe dejar aquí todo aquello que no tiene sentido, que es opuesto al proyecto y a la plenitud del Reino de Dios. Pero en la parábola de la mostaza, que comienza con el sentido de la "nimiedad" de lo insignificante y de lo mínimo, todo se transforma hasta ofrecernos la imagen de un árbol cósmico donde todos puedan encontrar no solamente el hábitat humano, sino la verdadera felicidad del Reino. Así, pues, quiere

decirnos Jesús, son las cosas de Dios. Esta es la propuesta de esperanza que forma parte de la entraña del Reino, por insignificante que parezca. En estas metáforas, pues, proponía Jesús un mensaje que llenaba los corazones de los sencillos.



Fray Miguel de Burgos Núñez
(1944-2019)

Pautas para la homilía

Jesús aparece en un momento histórico de máxima expectativa en el pueblo judío que espera un Mesías triunfante que lo libere del dominio romano y se establezca, definitivamente, en Israel el Reino prometido por Dios. Esta idea mesiánica era defendida por la clase social más elevada, más culta e influyente, pero estaba también presente en la mente del pueblo sencillo y pobre que soportaba la presión social de la clase dominante y además tenía que pagar a los romanos unos impuestos muy superiores a sus posibilidades. En este ambiente Jesús inicia su vida pública presentándose como el Mesías enviado por Dios y empieza hablando del Reino de los cielos o Reinado de Dios. Pero al explicar lo que es el Reinado de Dios lo expresa de una manera desacostumbrada para la mentalidad del momento ya que el reino no vendrá de una forma espectacular, tampoco a través de un triunfo político que acabe con el dominio de Roma, en una palabra rompe los esquemas de sus paisanos que lo escuchan.

Empieza diciéndoles que el Reino ya está ahí, que ya ha comenzado, y que además está dentro de ellos mismos... No niega que él sea el Mesías prometido, pero es ante todo un servidor que viene a liberar a los oprimidos. Les habla de un Dios cercano, que es padre. Es el Dios de Israel, pero de otra forma, no es el Dios del Sinaí sino un padre cercano, ama y se preocupa por sus hijos. Es tan cercano que podemos dirigirnos a él, como hacen los niños, llamándole Abba. Por eso lo compara con un padre bueno que abraza a un hijo perdido, que ha vivido al margen de toda norma moral y le perdona sus pecados. Pero sigue la novedad, Jesús con su actuar les hace ver que el Reino ya está presente en medio del pueblo, porque se compadece de las carencias y necesidades de aquellos que son sus hijos y viene a liberar de la culpa pero también de sus agobios y carencias, de ahí que junto al anuncio del reino surjan los milagros, que son una señal de la llegada de los tiempos mesiánicos que está indicando la novedad del Reino de Dios.

En esta línea están las dos parábolas que hoy comentamos. La semilla y el grano de mostaza aparentemente son insignificantes pero llevan en sí unas posibilidades de crecimiento y de transformación insospechadas. También en ellas hay una novedad, el Reinado de Dios tiene en sí una virtud, una fuerza misteriosa, este es el mensaje más importante de la parábola. La semilla parece que ha desaparecido en el seno de la tierra, se “pudre”, pero sigue viva; primero echa raíces, después vendrá el tallo y finalmente la espiga. Es la fuerza de Dios, que actúa por sí misma, sin que nosotros sepamos cómo, es una vida nueva que se nos da gratuitamente, sin mérito alguno por nuestra parte. Como se ve Jesús en su predicación da un vuelco a las cosas y a las ideas preestablecidas, incluyendo nuestros prejuicios, que tienden a sobrevalorar nuestras posibilidades y las circunstancias humanas, olvidando la intervención de un Dios siempre cercano, que está ahí, que no es ajeno a nuestros problemas...

La Parábola de la semilla, tiene unas claves que vamos a subrayar:

“El hombre duerme de noche y se levanta por la mañana y la semilla va creciendo sin que él sepa cómo”.

Parece que esta explicación es contraria al trabajo y al compromiso personal por el reinado de Dios en el mundo, pero la intención de la parábola es otra, quiere señalar la fuerza de Dios que actúa por sí misma. El reino nos es dado, está presente en la semilla, es como el embrión que debe llegar a término. El labrador también habrá de esforzarse en cultivar la tierra, no puede estar al margen sentado en la espera. Ese dormir del hombre hemos de interpretarlo como una espera que para el creyente es algo más que una espera, es lo que llamamos la virtud de la Esperanza cristiana, que genera un estado interior de paz y confianza en un Dios providente que nos dice que no estamos solos, que se compromete con la humanidad, por eso la parábola habla del dormir del hombre que descansa y se libera de la inquietud y ansiedad ante los retos presentes y futuros que no puede controlar.

“ Cuando la cosecha está a punto el labrador, mete enseguida la hoz,

porque ha llegado la siega ”.

Jesús habla del tiempo de la siega, es un momento gozoso para el labrador que recoge sus frutos. Jesús en su predicación sobre el Reinado de Dios habla de un tiempo histórico, que hay que aprovechar, pero también habla del final del tiempo de nuestra vida presente y del encuentro con el padre. En este primer momento conviene darse cuenta que se nos pide trabajar en la implantación del Reino, en un crecimiento diario en humanidad y en solidaridad con nuestro entorno, trabajando por crear un clima fraterno que hace visibles los signos del Reino, como son el amor, la verdad, la justicia y la paz.

Pero al hablar de la siega, hay una referencia clara sobre el final de los tiempos. Es un tiempo de hacer balance y de enfrentarnos a nuestra realidad humana, que se deteriora y termina. Los creyentes en Cristo también hemos de vivir estas etapas finales de la vida con gozo y alegría, como el labrador de la parábola, es el momento de la siega, es el final de etapa, pero también es el encuentro definitivo con Dios.

La parábola que hoy nos propone la Iglesia es un buen momento para reflexionar desde la fe sobre esta realidad postrera de la existencia, porque en nuestra sociedad se pasa muy ligeramente sobre estos temas, se evita hablar de todo lo que se relaciona con la muerte, parece que no es de buen gusto, y pocos lo viven con el gozo del encuentro definitivo con Dios que da plenitud a toda una vida. Por eso es importante recordar temas trascendentales de nuestra fe, como son la Resurrección de Jesús y nuestra esperanza de vida eterna ya que si no, se corre el riesgo de que estas verdades se miren con cierto escepticismo o indiferencia ambiental y, en definitiva, no jueguen un papel relevante en la propia vida, aunque se afirme tener fe, pero no se es consecuente con ella, no hay una adhesión existencial o vivencial, todo queda entre la duda y interpretación personalista.

“La semilla brota y se hace la más alta de las demás hortalizas y echa ramas tan grandes que los pájaros pueden cobijarse y anidar en ellas”.

Es la plenitud del Reino que trasciende y se hace evidente, se habla de un crecimiento espléndido fruto de la pequeña semilla. Pero esto no significa una vuelta al triunfalismo soñado por los profetas antiguos. No es el cedro en la cumbre del monte, del que nos habla hoy la primera lectura, es más bien la acción callada de Dios en el mundo, que se encamina de una forma misteriosa hacia la plenitud del Reino, hasta tal punto que las aves más variopintas acuden a protegerse en sus ramas. Es la acción de Dios a lo largo del caminar de la humanidad. Pero, a su vez, es también el fruto de tantos hombres y mujeres que a lo largo de la historia están trabajando por un mundo mejor. Nadie tiene el monopolio de esos valores del Reino, a todos se les ofrece una tarea para crear una sociedad más humana y más justa, aunque no se llamen cristianos ni conozcan a Dios.



Fr. Jesús Mª Gallego Díez O.P.
Convento de Ntra. Sra. de Atocha (Madrid)

Evangelio para niños

XI Domingo del tiempo ordinario - 14 de Junio de 2015



Parábola de la semilla

Marcos 4, 26-34

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En aquel tiempo decía Jesús a las turbas: - El Reino de Dios se parece a un hombre que echa simiente en la tierra. Él duerme de noche, y se levanta de mañana; la semilla germina y va creciendo, sin que él sepa como. La tierra va produciendo la cosecha ella sola: primero los tallos, luego la espiga, después el grano. Cuando el grano está a punto, se mete la hoz, porque ha llegado la siega. Dijo también: - ¿Con qué podemos comparar el Reino de Dios? ¿Qué parábola usaremos? Con un grano de mostaza: al sembrarlo en la tierra es la semilla más pequeña, pero después brota, se hace más alta que as demás hortalizas y echa ramas tan grandes, que los pájaros pueden cobijarse y anidar en ellas. Con muchas parábolas parecidas les exponía la palabra, acomodándose a su entender. Todo se lo exponía con parábolas, pero a sus discípulos se lo explicaba todo en privado.

Explicación

Jesús explicaba su doctrina con ejemplos para que lo entendiese la gente. Así les decía: El Reino de los cielos es como una semilla muy pequeña, que cuando germina y crece se hace una mata muy grande. Pues lo mismo pasa con la fe, si se cuida crece y crece y se hace grande.

Evangelio dialogado

Te ofrecemos una versión del Evangelio del domingo en forma de diálogo, que puede utilizarse para una lectura dramatizada.

NARRADOR: En aquel tiempo, Jesús se dirigió a la gente y los dijo:

JESÚS - El reino de Dios se parece a un hombre que echa simiente en la tierra. Él duerme de noche y se levanta de mañana; la semilla germina y va creciendo, sin que él sepa cómo. La tierra va produciendo la cosecha ella sola: primero los tallos, luego la espiga, después el grano. Cuando el grano está a punto, se mete la hoz, porque ha llegado la siega.

NIÑO 1: Es verdad, yo eso lo hago con mi mamá en los tiestos de mi casa. Ponemos unas semillas, y al cabo de un tiempo crecen y sale le fruto.

NIÑO 2: Jesús ¿nos puedes explicar algo más lo que nos quieres decir y ponernos otro ejemplo?

JESÚS: Claro que sí... Os contaré otro ejemplo...

NARRADOR: Jesús se dirigió de nuevo a ellos y los dijo:

JESÚS: ¿Con qué podemos comparar el reino de Dios? ¿Qué parábola usaremos?

NIÑO 1: Cuéntanos algo que podamos entender todos.

JESÚS: ¿Sabéis cómo es un grano de mostaza?

NIÑO 2: Creo que sí, Jesús. Es una semilla muy pequeña que se emplea después para dar más sabor a la comida.

JESÚS: Muy bien. Ese grano de mostaza, al sembrarlo en la tierra es la semilla más pequeña, pero después brota, se hace más alta que las demás hortalizas y echa ramas tan grandes que los pájaros pueden cobijarse y anidar en ellas.

NIÑO 1: ¿Nos quieres decir que el Reino de Dios ha de crecer y hacerse cada vez más grande, no?

NIÑO 2: Sí, y también que tenemos que estar atentos y dispuestos para saber qué quiere Dios de cada uno de nosotros y cómo comportarnos con los demás.

NARRADOR: Con muchas parábolas parecidas les exponía la palabra, acomodándose a su entender. Todo se lo exponía con parábolas, pero a sus discípulos se lo explicaba todo en privado.

Textos: Fr. Emilio Díez y Fr. Javier Espinosa

Dibujos: Fr. Félix Hernández